

Víctor M. Castillo Farreras

*Estructura económica de la sociedad mexicana según las fuentes documentales*

Miguel León-Portilla (prólogo)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

1996

196 p.

Ilustraciones y apéndices

(Serie Cultura Náhuatl: Monografías, 13)

ISBN 968-837-358-3

Formato: PDF

Publicado en línea: 14 de octubre de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/estructura/documentales.html>

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

## FUERZAS PRODUCTIVAS



## 1. LOS MEDIOS DE PRODUCCIÓN

Hacia la tercera década del siglo quince, suprimidas ya las causas que frenaban su desarrollo, México Tenochtitlan podía iniciar abiertamente su carrera. Únicamente faltaba actuar y sus habitantes lo hicieron con provecho. Resultado de ello es el panorama que diversas fuentes transmiten acerca de la admirable condición de dicha ciudad hasta la llegada de los conquistadores españoles.

Pero surge la pregunta: ¿cómo obraron y de qué recursos se valieron los antiguos mexicanos para lograr un panorama tal? ¿Qué factores determinantes dieron origen a esa visión que hoy tenemos de la capital de los tenochcas?

Son ciertamente inúmeros y diversos los elementos que intervienen en el desenvolvimiento de las sociedades, pero, para proseguir la línea trazada en este estudio, sólo se hará hincapié en aquellos que, aunque en ocasiones carentes de brillo, constituyeron la base sobre la que descansó la organización social de los mexicanos y que en conjunto integraron las fuerzas productivas, por un lado, y las relaciones de producción, por otro.

Como se sabe, las fuerzas productivas están constituidas por tres elementos primordiales que se relacionan íntimamente. Ellos son: *a*) el elemento humano, en tanto que su trabajo físico o intelectual, se proyecta a la satisfacción de sus propias necesidades, o lo que es igual, a la producción o desarrollo de los hombres; *b*) la naturaleza, en tanto que sus recursos son la materia sobre la que el hombre aplica su trabajo, explotándola, modificándola o ambas cosas a la vez, y *c*) el instrumental y la técnica de que dispone el hombre para alcanzar el dominio y la explotación de la naturaleza. Por lo tanto, las fuerzas productivas son la suma de los medios de producción, significativos sólo por el trabajo humano circunscrito en un proceso de producción determinado. Las relaciones técnicas y sociales de producción, consecuencia de las fuerzas productivas, están representadas primordialmente por la relación de propiedad que se establece entre los agentes inmediatos de la producción, es decir los trabajadores, y los medios de producción; asimismo por las formas de trabajo, de distribución y de intercambio y por las relaciones de clase.



Del conjunto de ambas, de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción, depende en último análisis el perfil de la estructura aparente de la sociedad. Comenzaremos entonces viendo lo que acontecía en México Tenochtitlan partiendo del punto de referencia de las fuerzas productivas.

## 2. POTENCIAL HUMANO

Uno de los puntos básicos en el estudio de este sector de las fuerzas productivas es, sin lugar a dudas, la determinación del potencial humano de trabajo contenido en la sociedad mexicana, con el que necesariamente contó para emprender cualquier actividad. Infortunadamente, los datos sobre población transmitidos por las fuentes primarias son generalmente vagos y en muchas ocasiones tergiversados por las propias circunstancias. En tal virtud y a pesar de la existencia de magníficas monografías modernas al respecto,<sup>38</sup> y tomando además en cuenta que la elaboración del presente trabajo se basa primordialmente en las fuentes documentales primarias, no se abordará aquí el interesante pero de hecho inseguro tema de las estadísticas de población prehispánica.

Sin embargo, al contemplar a través de la historia los logros de Tenochtitlan, de Tetzaco y de otros centros de renombre del mundo precolombino de México, no podríamos imaginar, al menos, ningún raquitismo en sus poblaciones, ni numérico ni energético; todo lo contrario. ¿Que con qué población se contaba?, no lo sabemos ciertamente; pero en cambio se advierte alguna evidencia en las palabras de Ixtlilxóchitl —pese a su afán por abultar las cosas tetzcocanas—, al referirse a la situación que prevalecía hacia 1450:

Estando las cosas del imperio en grande prosperidad por la abundancia de mantenimientos y máquina grande de gentes (que era de tal manera que hasta los montes y sierras fragosas las tenían ocupadas con sembrados y otros aprovechamientos, y el menor pueblo de aquellos tiempos tenía más gente que la mejor ciudad que el día de hoy hay en la Nueva España . . . )<sup>39</sup>

También Chimalpain, en su tercera relación, se expresa categóricamente en este sentido:

<sup>38</sup> Entre otras: Sherburne F. Cook and Lesley Byrd Simpson, *The Population of Central Mexico in the Sixteenth Century*, Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 1948, 242 p. 54 tab. (Ibero-Americana: 31). Además, en la bibliografía final se registran otras varias monografías al respecto, expresamente de Woodrow Borah y de Sherburne F. Cook.

<sup>39</sup> Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, 2 v., notas de Alfredo Chavero, prólogo de J. Ignacio Dávila Garibi, México, Editora Nacional, 1965, v. II, p. 205.

Y es necesario que sepáis, mis amados hermanos mayores, mis amados hermanos menores, que en los tiempos antiguos hubo muchísima más gente de la que hoy existe, según nos refieren y muestran, pues no había parte alguna donde no hubiese gente, pues sea cual sea la parte que pueda mencionarse, allí había gente.<sup>40</sup>

Torquemada trata de ser más preciso en sus datos de población, y dice que a la venida de los españoles había ciudades . . .

. . . algunas, de diez mil y otras de quince mil y más y menos vecinos y las que llamamos villas y aldeas eran las que menos tenían, de a mil vecinos; y si alguna había de menos gente, era muy singular y rara, y no sé si la había.<sup>41</sup>

Por último, debe recordarse que en las respuestas al quinto capítulo de la *Instrucción y memoria* a las relaciones del siglo XVI, en donde se inquiriere acerca de los “muchos o pocos indios y si ha tenido más o menos en otro tiempo”,<sup>42</sup> generalmente dijeron los informantes que anteriormente había existido “mucho más gente”;<sup>43</sup> todo lo cual supone la idea de una población prehispánica cuantitativamente más suficiente para el desarrollo social que la de los primeros años de la colonización española.

Pero si el dato estadístico de población es importante, lo es también el relativo a la constitución natural especial de la gente, en tanto que puede provocar, en mayor o menor grado y en unión de otros factores, el desarrollo de la sociedad. Desde luego, no ignoramos que ningún conglomerado humano ha evitado el logro de su propio bienestar, ni tampoco el alcanzar en lo posible su evolución integral. En este sentido, no existen pueblos ni más activos ni menos activos, a no ser que se vean constreñidos hacia uno y otro lado por las circunstancias históricas. El encumbramiento de Tenochtitlan sobre otros pueblos mesoamericanos no significa, ciertamente, que su gente fuese mucho más empeñosa y tenaz que éstos; empero, un carácter semejante, favorecido por la situación, de algún modo secundaria su desenvolvimiento.

<sup>40</sup> Chimalpain, *Relaciones originales* . . . , p. 75.

<sup>41</sup> Torquemada, *op. cit.*, v. I, lib. III, cap. 21, p. 288.

<sup>42</sup> Alejandra Moreno Toscano, *Geografía económica de México (siglo XVI)*, México, El Colegio de México, 1968, 177 p. ils. (Centro de Estudios Históricos Nueva Serie: 2) p. 128.

<sup>43</sup> Paso y Troncoso, *Papeles* . . . , *passim*. Para Orozco y Berra, la población era inmensa, tanto como para que “bastara a los contingentes exigidos por la guerra, sin que escasearan el labrador en los campos, el oficial en los talleres”. (*Historia antigua y de la conquista de México*, 4 v., estudio previo de Ángel María Garibay K. y biografía del autor más tres bibliografías referentes al mismo de Miguel León-Portilla), México, Editorial Porrúa, 1960. (Biblioteca Porrúa, 17-20), v. I, p. 252).



Fig. 9. Labor e instrumentos típicamente femeninos. (*Códice Mendocino*, 61)

Desde el comienzo de su vida, hasta el final, los hombres escuchaban en las pláticas de los ancianos (los célebres *huehuetlatolli*), en los consejos de sus padres o en otros tipos de discursos, el ideal de lo que debía ser la personalidad del individuo. Para cada una de las edades, para cada sexo y para cada estrato social, correspondía siempre un modelo determinado; en tal forma, todo ello auspiciaba la formación de una conciencia social apegada a la realidad que vivían los mexicas.

De esos ideales, el más general se enunciaba en el momento preciso de cortar el cordón umbilical al recién nacido. Si éste era varón, se confeccionaban un pequeño escudo y cuatro saetillas que, junto con el ombligo, eran enterrados en el campo de batalla. Con esto quedaba expresado lo que fundamentalmente debía llegar a ser el muchacho para beneficio de su sociedad: un hombre valeroso y hábil guerrero. Si el recién nacido era niña, su ombligo era enterrado con un pequeño huso, algodón y escobas, a la orilla del fogón, precisamente donde estaba la piedra de moler, el metate, para significar las labores primarias de la mujer. Así lo expresa el siguiente texto:

Quando cortaban el ombligo a los niñitos:  
si el ombligo era de varón,  
allá lejos lo enterraban,  
allá, en el campo de batalla,  
en donde se esfuerza la gente.  
Lo llevaban hombres valerosos;  
pero si el padre era diestro en la guerra,  
él mismo lo llevaba,  
allá lo enterraba,  
en medio del campo de batalla.  
Dizque [el niño] sería diestro en la guerra  
si crecía con honra y dignidad.  
Y si el ombligo era de niña  
se le enterraba en el fogón.  
Dizque por esta razón

solamente en la casa estaría,  
de todo tendría cuidado:  
de la comida, de la bebida,  
junto al metate se estaría.  
Por esto, sólo dentro de la casa  
enterraban su ombligo.<sup>44</sup>

En cuanto a los individuos ya formados, su comportamiento debía seguir también pautas predeterminadas; aunque en este caso ya no se hace referencia a conductas generales sino más bien específicas para cada sexo, edad y estrato social correspondiente. Además, cabe notar que en estos casos se advierte claramente una actitud clasista en cuanto que cada ideal de comportamiento humano dependía, en primer término, del *status* de la persona. De esta forma puede observarse más adelante cómo, en tanto que el dechado para las mujeres del sector privilegiado debía ser la honradez, la austeridad, la generosidad u otros por el estilo, el correspondiente a las del pueblo común era la fortaleza, el sufrimiento, la resignación, etcétera.

Todo ello permite ver con algo más de luz la cualidad del potencial humano de que dispuso Tenochtitlan durante los cien años de su esplendor. Del *Códice Florentino* vertemos los siguientes modos de ser:

La mujer noble es estimada,  
preciada, austera, respetable.  
Es como un pochote, como un ahuehuete:  
da sombra, protege, cubre.  
La que es buena:  
es apoyo de la gente pobre,  
es generosa, protectora,  
es sostén de los necesitados:  
ama a la gente, ampara a la gente.  
La que no es buena:  
es iracunda, irritable,  
tiene su corazón enojado, su rostro enfermo;  
en nada ve a los demás,  
en nada los mira,

<sup>44</sup> *Códice Florentino*, en *Florentine Codex. General History of the Things of New Spain*, translated from the Aztec into English, with notes and illustrations by Charles E. Dibble and Arthur J. O. Anderson, 10 v., Santa Fe, 1950-1963, lib. v, ap. iv; también lib. rv, cap. i; *Ap.* II, 10. Un relato similar aparece en: Josefina García Quintana, "El baño ritual entre los nahuas según el *Códice Florentino*", *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, v.VIII, 1969, p. 190-213, p. 201.



54 FUERZAS PRODUCTIVAS

es soberbia, presuntuosa,  
se hace la diligente, es creída,  
deja las cosas para después. <sup>45</sup>

Otro ejemplo:

La doncella es noble,  
palaciega, hija de nobles,  
desciende de noble estirpe,  
o lo que es igual:  
su corazón es precioso, es adorable;  
es digna de buenos tratos.

La que es buena:  
sigue las costumbres de sus padres,  
es pura, limpia, inmaculada,  
virtuosa, de dulce corazón,  
es humana y noble,  
es libre, sin obstáculos,  
es bien nacida,  
es generosa, respetuosa, modesta,  
reverente, humilde, dadivosa,  
bien hablada, de hablar sosegado.

La que no es buena:  
es como las del pueblo,  
es atrevida, descomedida,  
pusilánime, pueblerina,  
como perra, sucia, viciosa, apocada,  
lujuriosa, desconsiderada. <sup>46</sup>

Y ahora la contraparte, el dechado para una de las mujeres de los estratos sociales inferiores:

La mujer esforzada:  
es sufrida, fuerte, áspera,  
es como labriego, endurecida,  
tiene juventud, es decidida;  
corazón esforzado, corazón maduro,  
varonil, soporta las cosas con alegría.  
La que es buena:

<sup>45</sup> *Ibidem*, lib. x, cap. XIII; *Ap.* II, 11.

<sup>46</sup> *Ibidem*; *Ap.* II, 12.

es virtuosa, recatada, honesta,  
limpia, casta,  
nada es indigno en ella,  
es como una joya, como un jade,  
como una fina turquesa.  
La que es malvada:  
incomoda a la gente,  
es descomedida, empalagosa,  
mal nacida, presuntuosa,  
hace las cosas con soberbia, con precipitación,  
desconsiderada, no se fija de las cosas.<sup>47</sup>

### 3. RECURSOS NATURALES

Al intentar describir los recursos naturales con los que cuenta un determinado grupo social en un momento dado, suele incurrirse ya sea en la esquematización resumida o en la minuciosidad. En ambos casos no se alcanzan, las más de las veces, los propósitos iniciales.

Por sí sola no importa la descripción de la naturaleza y de sus recursos si no se toman en cuenta las actitudes que hacia ella adopta el hombre que la habita. Éste, como se ha visto en todas las latitudes, pudo bastarse en las primeras etapas de su historia tan sólo con un reducido caudal de recursos para su sustento. La región que habita el hombre puede ser rica y abundante, fértil la tierra y magnífico el clima, pero él, por sus propias circunstancias, no verá más allá de lo que sus manos pueden alcanzar; sólo le interesarán aquellas cosas que satisfagan sus necesidades más inmediatas. Al hacerse más complejas sus relaciones, el hombre amplía también el ámbito de sus necesidades y por lo mismo, su visión se hace más panorámica; con esto podrá advertir alguna utilidad en las cosas que aún existentes con anterioridad ni siquiera veía entonces.

De tal forma, la descripción de la naturaleza conduce no sólo al conocimiento de las reservas de recursos con los que cuenta algún conglomerado humano, sino también al conocimiento relativo de la complejidad de su organización.

En lo que se refiere a los antiguos mexicanos, la documentación acerca de la naturaleza —en tanto que proveedora de medios de producción, habitación y sustento del hombre—, es abundante y por ende relativamente significativa del desarrollo alcanzado. Se conservan muchas y

<sup>47</sup> *Ibidem*, lib. x, cap. xiv; *Ap.* II, 13.

claras descripciones en lengua náhuatl sobre la diversidad de tierras,<sup>48</sup> bosques, praderas, ríos, etcétera, así como de la generalidad de los recursos contenidos, ya sean de carácter animal, vegetal o mineral.

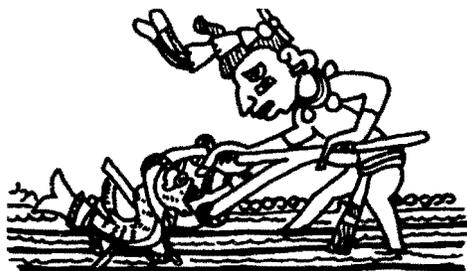


Fig. 10. Pescador en el oeste mítico. (*Códice Borgia*, 13)

Dentro de este marco de referencia, se presenta a continuación una selección de los textos más claramente representativos de la perspectiva que tenía el mexicano antiguo de los recursos de la naturaleza.

En primer término, la visión de los bosques situados en lugares elevados. En ella se advierte de inmediato el temor que causaban. Eran sitios de fieras y de alimañas en los que no era posible la vida humana, ya que además de ser sumamente fríos y de fuertes vientos, se podría llegar a ser víctima no sólo de los elementos y de las fieras, sino también de los malhechores. No obstante, los bosques guardaban algo positivamente precioso: la madera que de ellos se extraía para utilizarla en las edificaciones y en otras actividades:

El bosque: ... lleno de bestias, de fieras, de ocelotes, de lobos, de gatos monteses, de culebras, de tarántulas, de conejos, de venados; de varas, de grama, de arbustos, de magueyes, de abrojos, de espinos, de tunas, de mezquites, de majuelos.

Lugar en donde se secan los árboles, en donde se derriban, en donde se cortan, en donde son tomados, en donde los cortan con el hacha, en donde se arrastra la madera, en donde abundan las vigas.

En ese lugar brotan las cosas. Es fresco, es frío, hace frío; allí surge el hielo, se acumula. Hace aire, resuena; truena el aire, brama, se arremolina, arrastra al hielo, se desliza.

En él no hay hombres ni comestibles; es poseedor de miseria, de él

<sup>48</sup> La descripción de los diversos tipos de tierras de labor se dejó para el siguiente capítulo en virtud de su estrecha relación con el trabajo humano y por el problema referente a la posesión o propiedad de la tierra.

sale y en él está tendida la miseria; no es alegre, no se le puede labrar.

Allí surgen las cosas, nace la hierba, nada está exhausto.

Lugar en donde hay hambre, en donde se tiene hambre, en donde es la casa del hambre, en donde se muere de hambre, en donde se muere de frío, en donde se hiela. Lugar que atemoriza, que hace castañetear los dientes; en donde se acalambra, en donde se queda uno rígido, muy rígido; se pone uno tieso, se atemoriza, se atemoriza uno mucho.

La gente es comida, es asaltada, maltratada, es muerta por algún truhán, es agredida sin razón.

Lleva la miseria.<sup>49</sup>

La descripción anterior parece mostrar una disposición de antipatía por parte de los antiguos mexicanos en relación a los bosques, e incluso, a pesar de que aprovechaban su madera y seguramente también algo de su fauna, de todas suertes su perspectiva no deja de ser oscura y pesimista.

Viene ahora como contrapartida el panorama que presentan los documentos con referencia a la frescura y fertilidad de la floresta. Es una visión optimista que, al considerar la base primordialmente agrícola del mundo prehispánico, induce a aquilatar la franca sonrisa que los mexicanos de entonces veían en los prados:

La floresta: es mucho muy placentera, hace brotar las cosas, es de gran fertilidad, sus prados sonrían, son frescos. Es agradable, muy amena, se goza mucho ante ella; en ella brotan a menudo las flores, hay un perenne florear, es tierra florida, es creadora, abundante de lo necesario.

El agua brota en ella, brota en abundancia, remoja, riega. Es lugar bueno, excelente, de tulares; es apetecible, es deseado por la gente, codiciado y ambicionado por la gente; lugar apetecido, lugar rico, deseado.<sup>50</sup>

De los elementos de mayor influencia, dentro de los recursos de la naturaleza, se cuentan indudablemente los ríos. Ellos han sido —en China, India, Mesopotamia o México— testigos de la formación de importantes centros de población. Pero en el caso particular del México antiguo y según concepción de los nahuas, el agua no sólo podía provenir de la lluvia, los ríos, lagos y demás, sino también de los montes, ya que

<sup>49</sup> *Códice Florentino*, lib. XI, cap. VI, parag. 1; *Ap.* II, 14.

<sup>50</sup> *Ibidem*, lib. XI, cap. VII, parag. 9; *Ap.* II, 15.



## 58 FUERZAS PRODUCTIVAS

suponían que éstos eran depósitos naturales que contenían el solicitado líquido; de ellos brotaba para irrigar los campos y satisfacer las necesidades de los pueblos. Entonces, cabe decir que si los ríos eran considerados importantes, quizás lo fueran más los montes, puesto que de ellos surgía el agua que los formaba. De aquí que pueblo o ciudad, en lengua náhuatl, sea *altépetl*, de *atl*, agua, y *tépetl*, cerro, es decir “cerro o lugar de agua”. De esto habla el texto que sigue:

Aquí, los hombres de Nueva España, los antiguos hombres decían de éstos [de los ríos], que de allá vienen, que de allá vienen del Tlalo-can, puesto que son su propiedad, puesto que de él sale la diosa cuyo nombre es Chalchiuhtlicue, “La de la falda de jade”. Y decían que los cerros son sólo fingidos, sólo por encima son terrosos, pedregosos, que sólo son como vasijas, como casas que están repletas de agua. Y si en algún tiempo se quisiera destruir los cerros [pensaban que] se anegaría su mundo.

Y así nombraron a [los lugares] en donde viven los hombres, *altépetl*. Les llamaban a éstos, *altépetl* y a éstos [los ríos] *atóyatl*, puesto que de allá resbala del interior del cerro; puesto que de allá viene, viene saltando Chalchiuhtlicue, “La de la falda de jade”.<sup>51</sup>

Por último, para completar el cuadro de los recursos acuíferos, se toma al azar la descripción de dos lugares específicos: Totólatl y Chapultépec. En tanto que en el primero se hace referencia a su relación con la vida animal, en el segundo se insiste en la cualidad vital que revestía para los habitantes del antiguo México, es decir la potabilidad de sus aguas:

*Totólatl*: Su nombre viene a salir de *totolli*, guajolota y de *atl*, agua; por razón de que de allá se dice que era el bebedero de estas aves silvestres.

*Chapultépec*: Puesto que por la base del *chapultépetl* mana el agua, se mueve, es sabrosa, fragante, buena, apreciada y potable, por esto existen los mexicas, los tenochcas; por esto la beben, la reciben los mexicanos.<sup>52</sup>

Respecto de las plantas de carácter alimenticio de que disponían los antiguos mexicanos, podría formarse una relación bastante extensa; empero, todas ellas caerían, con exclusión del maíz, el frijol y la calabaza, dentro del rubro genérico de complementarias de la nutrición.

Del maíz, base indiscutible de la alimentación prehispánica y aun de la contemporánea rural, se aprovechó un gran número de tipos distin-

<sup>51</sup> *Ibidem*, lib. XI, cap. XII, parag. 1; *Ap.* II, 16.

<sup>52</sup> *Ibidem*, lib. XI, cap. XII, parag. 2; *Ap.* II, 17 y 18.

guibles en cuanto al sabor, forma, tamaño y color; de ellos tomamos al maíz blanco o *iztac cintli* para ejemplificar el valor que se le atribuía. El fragmento que se transcribe muestra esa diversidad de maíz como esencia misma de algunas regiones del mundo precolombino y al mismo tiempo la califica con elevados adjetivos que vienen a apoyar su importancia:

El maíz blanco es propio de los de las milpas de regadío, de los de las milpas de roza, de los de las chinampas, de los chalcas, de los huexotzincas, de los tlateputzcas, de los tlalhuicas, de los de Tonayan, de los matlatzincas, de los mazahuacas, de los michhuacas, de los tonacas, de los de Anáhuac.

Es transparente, duro como coyol, consistente; es como cuesco, es de dos caras, acaracolado, blanco, cristalino. Es como cobre, como jade, es precioso. Es nuestro cuerpo, nuestra osamenta, es nuestro sustento.<sup>53</sup>

Todavía, dentro del reino vegetal, quedan otros recursos de no menor estimación: los árboles y las plantas, en cuanto que son proveedores de los materiales necesarios para la edificación (como se vio en la descripción de los bosques) y también para la fabricación de objetos de uso diverso.

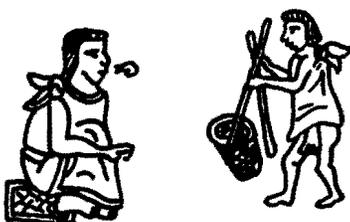


Fig. 11. Transmisión de oficios de padre a hijo. (*Códice Mendocino*, 60)

De los textos que siguen, igualmente tomados al azar, el primero se refiere al árbol del que se obtenían finas maderas con las que se labraban algunos de los principales instrumentos musicales de entonces:

*Tlacuilolcuáhuatl*: Matizado, relumbrante; es grueso, liso, compacto; va pintándose como con vetas bien repartidas. De él se hacen el *teponaztli*, el *huéhuatl* y el *mecahuéhuatl*. Bien que suenan por sus agujeros, es blanda su voz, se descubre bien su palabra: se le antoja a la gente, es codiciada por la gente, es deseada, es querida; su voz es clara, es audible, es sonora, es galana, se le hace clara a la gente, se le antoja.<sup>54</sup>

<sup>53</sup> *Ibidem*, lib. xi, cap. xiii, parag. 1; *Ap.* ii, 19.

<sup>54</sup> *Ibidem*, lib. xi, cap. vi, parag. 3; *Ap.* ii, 20.

Fig. 12. Técnica e instrumental del pescador. (*Códice Mendocino*, 61)



Ahora, si se toma en cuenta la abundante producción literaria de los habitantes del México antiguo, no es de extrañar entonces la existencia y utilización de algún recurso natural que ya elaborado sirviese como auxiliar de esa actividad. Nos referimos a la materia prima para la preparación del papel:

*Amacuáhuatl*: Son mucho muy lisas sus hojas. Su follaje, su frondosidad, resplandece; es verde su corteza. Se labra con las manos; en papel [amate] se transforma al golpearlo.<sup>55</sup>

En contraste con los materiales anteriores, labrados por artífices y destinados a cubrir finalidades delicadas, se inserta a continuación un texto acerca de una planta cuya función cubría una de las necesidades más inmediatas, ya que con ella se preparaban los adobes para la edificación. El mismo texto hace referencia a su necesidad y búsqueda:

*Zacanohualli*: Es igual que el *zacayaman* [o grama blanda]; empero, es grueso y resistente. En todas partes es deseable, es necesario; por esto, el que hace el barro para adobes dice: —Yo hago el barro con *zacanohualli*.<sup>56</sup>

Veamos, por último, la descripción de los múltiples beneficios que reportaba el cultivo del maguey (*metl*). Como se sabe, las formas de aprovechamiento de esta planta, pese a que el documento las refiere a la segunda mitad del siglo XVI, trascendieron el mundo prehispánico y aún tienen vigencia en nuestros días, lo cual acrecienta su importancia social:

... tienen unos árboles que llaman magueyes, de los cuales tienen mucho aprovechamiento; hacen miel, como arrope de Castilla, hacen della vino, vinagre, beben el agua miel por cocer que es una bebida muy saludable, purgativa, que engorda y da salud; de las pencas y raíces hacen una comida a su modo, dulce; del zumo de las hojas se

<sup>55</sup> *Ibidem*; *Ap.* II, 21.

<sup>56</sup> *Ibidem*, lib. XI, cap. VII, parag. 7; *Ap.* II, 22.

curan llagas y heridas, es una medicina que aprovecha mucho y se ha hecho gran experiencia dello; sacan dello nequén con que hacen las mantas, cuerdas y otras jarcias; sirven estas hojas de tablas a manera de tejas con que cubren sus casas para las aguas; sírvenles de canales y de leña; crían estos árboles, en las raíces dellos, unos gusanos que los naturales comen.<sup>57</sup>

Toca ahora revisar los recursos de naturaleza animal con los que podían contar los mexicanos. Aquí, como se mencionó en líneas anteriores, no cabe tampoco formar una lista detallada puesto que rayaría en lo imposible y al mismo tiempo en lo superfluo. Baste pues recordar que en el México precortesiano no se contó con animal alguno de tracción o de carga (como se verá en el capítulo iv estas labores fueron exclusivas de los hombres), y tampoco hubo la rica variedad de animales domésticos que tuvo el Viejo Mundo, con las excepciones del guajolote y de tipos especiales de perros,<sup>58</sup> como el *chichi* o el *itzcuintli*, que se criaban particularmente para fines alimenticios y que llegaron además a constituir importante fuente de ingresos.

Desde luego es obvio que se contó con una rica variedad de animales de caza (cuadrúpedos y aves), con otra no menor de sabandijas o insectos (lagartijas, langostas, etcétera), y con una más de pesca y recolección en la laguna. De los productos lacustres, además de constituir un valioso complemento dietético, debe mencionarse que habían algunos que denotaban en su consumo un cierto contenido de diferenciación clasista; y esto es por supuesto reflejo de su mayor o menor abundancia y también del grado de dificultad en su explotación. Ejemplos de éstos son el *atepócatl* (atepocate) y el *axólotl* (ajolote), de los que según el testimonio de Sahagún, el primero “cómenlo en esta tierra la gente baja”, en tanto que el segundo “es muy bueno de comer; es comida de los señores”.<sup>59</sup>

Aparte de lo anterior, hay que citar la existencia de una gran variedad de animales que se destinaban no precisamente a fines dietéticos sino más bien a funciones médicas y mágico-religiosas. A ello se refieren los dos textos que siguen. El primero hace alusión al *huitzitzilin* o colibrí, como efectivo medicamento contra las bubas, aunque de consecuencias secundarias; el segundo se refiere a las tórtolas (*cocotli*) como remedio eficaz contra la tristeza y los celos de la gente:

<sup>57</sup> Paso y Troncoso, *op. cit.*, v. vi, p. 22; también v. v, p. 36. Véase también la descripción que hace Orozco y Berra, *op. cit.*, t. i, p. 270-273.

<sup>58</sup> Véase la diversidad de perros, su descripción y destino en fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, edición de A. Ma. Garibay, 4 v., México, Editorial Porrúa, 1956, lib. iv, cap. vi, y lib. xi, cap. i. También en Norman P. Wright, *El enigma del xoloitcuintli*, México, INAH, 1960, 102 p. ils. p. 46-49.

<sup>59</sup> Sahagún, *op. cit.*, lib. xi, cap. iii, parag. 5.

62 FUERZAS PRODUCTIVAS

*Huitzitzilin*: Es medicina para las bubas. El que quiere nunca tendrá bubas comiendo muchas veces su carne; empero, dicen que hace estéril a la gente.<sup>60</sup>

*Cocotli*: Cuando mueren [sus compañeros] siempre están así como con llanto: dicen *coco coco*. Pero dizque acaban la tristeza de la gente; dizque su carne disipa su aflicción. Los celosos, después de comer su carne, con ello dizque dejan los celos.<sup>61</sup>

Hasta ahora se han presentado algunos ejemplos de recursos naturales, animales, vegetales y minerales, de los cuales podían disponer los mexicanos anteriores a la Conquista. Cada uno representó, en más o en menos, un factor determinante de su sociedad.

Pero es indudable que a la par de los recursos que la naturaleza ofrece al bienestar del hombre, existen otros que le son adversos. Están allí, en actitud contraria, constriñendo al hombre y obligándolo a actuar para superarlos. No son propiamente recursos puesto que no constituyen factores de sustentamiento y desarrollo humanos, pero van ligados estrechamente a otros que sí lo son. Puesto que su existencia puede nulificar a los necesarios, el hombre, por tanto, tiene que entrar en contacto con ellos, tiene que contar con ellos.



Fig. 13. Plaga de roedores del año 1506, que acabó los plantíos. (*Códice Telleriano-Remensis*, IV-24)

Acerca de estos elementos ofrecemos tres fragmentos relacionados con otros tantos animales que, por su naturaleza, trastornaban la existencia de algunos de los recursos de que disponían:

*Tlaltechálutl*: ...entre la tierra es su morada, en la boca de las piedras, en los agujeros. Y es así como tuza: entre la tierra tiene a sus crías. Bien que echa a perder nuestro sustento.<sup>62</sup>

*Acatzánatl* o *acatzúnatl*: ... son moradores de los tulares, de los tulares quebrados. Bien que destruyen nuestro sustento y también a los gusanos y a algunas sabandijas yavecillas.<sup>63</sup>

*Tzicatana*: Y se dice que es guerrera; así como las hormigas bermejas que andan en lugares fríos. Y así viven: no pueden andar solas,

<sup>60</sup> C. Florentino, lib. XI, cap. II, parag. 2; *Ap.* II, 23.

<sup>61</sup> *Ibidem*, parag. 5; *Ap.* II, 24.

<sup>62</sup> *Ibidem*, lib. XI, cap. I, parag. 3; *Ap.* II, 25.

<sup>63</sup> *Ibidem*, cap. II, parag. 7; *Ap.* II, 26.

solamente marchan en conjuntos; de este modo se les dice “conquistadoras”, porque comen todo lo que es verde, lo que es fresco. Lo que alguna vez cae junto a ellas, ya no lo dejan, lo terminan, lo acaban. Así avanzan, se van extendiendo; son al fin de cuentas escudrones, puesto que son “conquistadoras”.<sup>64</sup>

#### 4. INSTRUMENTAL Y TÉCNICA

Por lo que respecta al instrumental y a la técnica utilizados en el México antiguo, algunos autores, impelidos quizá por el mero afán de comparar las antiguas culturas americanas con las de allende el Atlántico, han colgado a las primeras el marbete de primitivas.<sup>65</sup> El México precortesiano, según los índices clasificadores de las culturas del Viejo Mundo, apenas había alcanzado el periodo de la piedra pulimentada.<sup>66</sup> Esto, desde luego, es cierto si sólo se toma en cuenta que los antiguos mexicanos no llegaron al tipo de domesticación, al uso del arado y al empleo de la rueda como elemento motor, del modo que se hizo en el Viejo Mundo. Pero alcanzaron a dominar, entre otros factores de desarrollo, un estilo arquitectónico, un calendario y un sistema filosófico de elevada significación. ¿Qué ocurre pues? Obviamente, lo que acontece es que ni todos los hombres ni todos los medios son los mismos: las circunstancias varían y hacen variar la utilización de los recursos y de las técnicas para su explotación; y por consecuencia los resultados deben ser de muy diferentes matices.

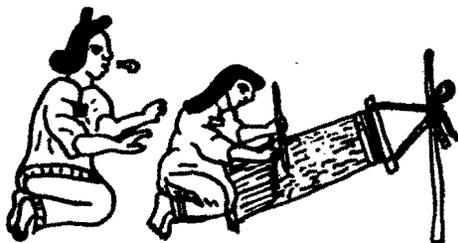


Fig. 14. Transmisión de oficios de madre a hija. (*Códice Mendocino*, 61)

<sup>64</sup> *Ibidem*, cap. v, parag. 9; *Ap.* II, 27.

<sup>65</sup> Refiriéndose a ciertos investigadores, Humboldt comentaba que “ellos llaman bárbaro todo estado del hombre que se aleja del tipo de cultura que se tienen formado según sus ideas sistemáticas; para nosotros no pueden existir esas profundas divisiones de los pueblos bárbaros y civilizados”. (*Sitios de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, Madrid, Imprenta y Librería de Gaspar Editores, 1878, 440 p. p. 209).

<sup>66</sup> Véase a este respecto el cotejo de Hernández (*Antigüedades de la Nueva España*, traducción y notas de J. García Pimentel, México, Editorial Pedro Robredo, 1945, 363 p. p. 83-84).



Si no se toma en cuenta lo anterior, entonces no quedará más remedio que asombrarse del hecho de que en una cultura “primitiva” se realicen valores iguales o quizás de mayor cuantía que en otras más aventajadas. Tal fue, por ejemplo, el asombro de Cortés ante las manifestaciones de la cultura realmente bárbara (en cuanto no occidental) que encontró en Tenochtitlan:

... porque, como he dicho, ¿qué más grandeza puede ser que un señor bárbaro como éste [Motecuhzoma Xocoyotzin] tuviese contrahechas de oro y plata y piedras y plumas todas las cosas que debajo del cielo hay en su señorío, tan al natural lo de oro y plata, que no hay platero en el mundo que mejor lo hiciese; y lo de las piedras que no baste juicio comprender con qué instrumentos se hiciese tan perfecto; y lo de pluma, que ni de cera ni en ningún bordado se podría hacer tan maravillosamente? <sup>67</sup>

Es indudable lo rudimentario en la calidad de los instrumentos que sirvieron al mexica. <sup>68</sup> Las hachas y los cuchillos, los utensilios domésticos y de labranza, así como las armas, no fueron mejores en México que en otras partes; mas desempeñaron sus objetivos con eficacia. No se conoció la rueda del alfarero pero la técnica empleada por el *zuquichihuiqui*, el ceramista, produjo excelentes resultados; los instrumentos cortantes no eran de metales duros, pero existieron magníficos *cuauhxiñque* o carpinteros que cortaban y labraban la madera como se pudo hacer en otros lugares; el *huictli*, instrumento primordial en la labranza y en otros menesteres, era y aún es realmente simple; pero los cultivos cubrieron las necesidades; las armas, en fin, eran bastante primitivas, mas los mismos hombres venidos de España, además de padecerlas, las adoptaron para sus campañas de conquista, como fue el caso del *ichcahuipilli* o coraza indígena.

Con lo anterior no queremos dar a entender —con anacrónico chauvinismo— que la técnica en el México antiguo fuese avanzada y de un gran desarrollo. De ninguna manera; era ciertamente raquítica pero sus resultados no lo fueron. ¿Por qué? Sólo el análisis de las relaciones entre los trabajadores y los medios y formas de producción dentro de la misma sociedad daría la clave y completaría el cuadro para entender el desarrollo final. Pero ello es tema del capítulo siguiente. Por lo pronto se apunta sólo una idea somera del instrumental utilizado por los mexicas.

<sup>67</sup> Hernán Cortés, *Cartas de relación*, nota preliminar de Manuel Alcalá, México, Editorial Porrúa, 1960, 266 p. Colección “Sepan cuantos...”, 7), p. 54.

<sup>68</sup> Véase Hernández, *op. cit.*, p. 39-40.



Fig. 15. Un *tlaxin-qui* o carpintero.  
(Códice Mendocino,  
71)

Para finalizar y únicamente por dar un ejemplo de una de las técnicas empleadas en el mundo prehispánico, se inserta a continuación la versión castellana de un texto en lengua náhuatl que trata sobre el cultivo del maíz desde el momento de la elección de las semillas para la siembra, hasta la aparición de la mazorca definitiva:

Se escogen las semillas; se apartan las que están sanas, sin tacha ni mácula, lo más alabastrino de nuestro sustento. Arrojan las semillas pasadas, las podridas, las menudas. Lo mejor escogido se desparrama; se pone en el agua: por dos días, por tres días están en el agua.

En la tierra labrada o en lugares así, se siembran.

Primeramente se excava la tierra; se mira allí en donde se ofrendó el riego, en donde se bañó la tierra. Y si no fuese regada, se humedece. Con moderación se cubre de tierra, se echa tierra muy desmenuzada. Por lo mismo, comienza a transpirar; luego al punto se enmohece, al punto revienta la semilla, al punto arraiga; luego sale una como punta de hueso, al punto se abre paso, sale de lo profundo; luego suda, bien que vuela, enseguida se hace el tallo, se va formando; inmediatamente cunde, se esparce. Y así dicen que está retozando. Allí se le echa tierra, se llena de tierra, se cubre bien hasta el cuello, se forman los montones de tierra.

Entonces, también se siembran frijoles o bien, se concluye su arreglo. Dizque entonces comienza de nuevo a dar de sí; también entonces comienza a bifurcarse, luego se despereza; al punto se hace redonda la caña, al punto comienza a bambolearse. De nuevo, allí mismo se allega la tierra; luego vienen colgando los cabellos; al punto espiga. Una vez más allí se allega la tierra; dizque comienza a apuntar el jilote; al punto crece la espiga, luego jilotea, brota, surge, viene surgiendo el jilote; su cabellera va cubriendo al jilote, sus cabellos lo van cubriendo; es antojo para la gente, es resplandeciente.

Luego se dice que ya va muriendo el pelo, que se va chamuscando. Está transpirando. Se dice que ya es nacido. Luego viene a cuajar, a madurar; luego se emparejan las semillas; por lo mismo, brota la *nextamalxóchitl*, la flor del nixtamal. Entonces se dice *chichipélotl*, elote que tiene como perlas de agua. Luego al punto cuaja; entonces se dice *élotl*, mazorca de maíz ya cuajado. Luego entonces comienza



66 FUERZAS PRODUCTIVAS

aquí a endurecerse, a tornarse amarillo; luego entonces se dice *cinli*, mazorca de maíz maduro, seco.<sup>69</sup>

Hasta aquí, el esquema propuesto de la parte más profunda de la estructura económica de la sociedad prehispánica mexicana; el acercamiento al modo en que el habitante de Tenochtitlan consideró sus propias fuerzas y recursos. Ese modo peculiar de mirar las cosas fue, evidentemente, causa y al mismo tiempo resultante de las estructuras superiores que se dieron en su sociedad.

<sup>69</sup> *Códice Florentino*, lib. xi, cap. xiii, parag. 2; *Ap.* II, 28. En el cuarto capítulo de este estudio, al tratar de los *macehualtin*, se inserta una descripción que viene a complementar ésta en relación directa con la actividad de los hombres (*Ap.* II, 47).